

## Sobre la urbanidad de nuestro urbanismo

Con la llegada del otoño, los casos de corrupción urbanística han aflorado en la prensa como los niscalos y *'boletus'* en las sierras de Soria, y han asomado también nuevos datos financieros que alertan sobre la zozobra de muchas familias hipotecadas casi a perpetuidad. Coincidiendo con este hervor informativo, han sonado las trompetas en el monte Sinaí y ha descendido el profeta de turno con una tabla de diez mandamientos urbanísticos, y por otra parte se ha convulsionado el sector energético ante la invasión de grandes empresas constructoras e inmobiliarias en busca de nuevos pastos. ¿Todo esto no hace pensar en historias de ratas que abandonan el barco cuando presienten naufragios? Reflexionemos por partes.

La corrupción urbanística ha prosperado debido a una mala (a veces sólo negligente, pero en muchos casos perversa) gestión del suelo por parte de organismos municipales regidos o tutelados por los partidos políticos. Las ratas (o amantes del dinero sucio) se han cebado a través de irregulares autorizaciones para edificar o modificar el volumen de edificación y abusivas recalificaciones del suelo (de rústico o industrial a urbano), y han sido de razas diversas, desde propietarios de terrenos, pequeños y grandes empresarios de la construcción, sociedades promotoras, notarios y registradores de la propiedad hasta, obviamente, los concejales, alcaldes, y sus asesores, que se han beneficiado o bien por cuenta propia (su propio lucro) o bien por cuenta ajena (en interés de las arcas del Ayuntamiento o del partido político en el que militan).

Es bien sabido, aclarando esto último, que muchos Ayuntamiento carecen de recursos suficientes para hacer frente a los servicios públicos que se les reclama, y que la sed de financiación de los partidos políticos no se calma con las asignaciones oficiales del Estado y de las Comunidades Autónomas. Está bien que, por fin, estos últimos reaccionen y enarboles banderas de limpieza urbanística. Pero, ¿por qué lo hacen tan tarde? ¿Lo hacen realmente por decencia, o porque, alertada ya la opinión pública y estando cercanas las elecciones municipales, ha dejado de ser opaca y oportuna esta fuente de ingresos turbios? En cualquier caso, no parecen buenos modales rasgarse las vestiduras, proponer decálogos y anunciar purificaciones pocos meses antes de la cita con las urnas.

Pensemos ahora en el desembarco de ACS-Dragados en Unión Fenosa y en Iberdrola, de Acciona en Endesa y de Sacyr en Repsol YPF. Al parecer, y al margen de si hay o no estrategias políticas para salvaguardar el control nacional del sector energético español, estas empresas y sus propietarios, que se han cebado con el *'boom'* (o pelotazo) de la construcción, buscan nuevas rutas de negocio y beneficio. Como la jugosa construcción de inmuebles, basada en los bajos salarios de los inmigrantes y en el saqueo del suelo, toca a su fin, y sobre todo, la demanda de pisos resopla ya en su loca carrera frenando a su vez la escalada de precios, estos nuevos ricos han olisqueado el queso del negocio energético. Convertidos ya en grandes accionistas de las

empresas arriba mencionadas, mediante aportación de fondos propios y recurso a deuda bancaria, confían en los dividendos energéticos futuros para cubrir sus cargas financieras. Y es que tampoco aquí hay recato: los gestores de las eléctricas se quejan de que las tarifas que cobran a su clientela son deficitarias exigiendo revisiones al alza, sin que les frene en su reivindicación el gran beneficio que están obteniendo en su negocio global. Como, al parecer, el Ministerio de Hacienda se muestra comprensivo ante esta demanda, nuestros nuevos ricos especulan con el lucro que pueden conseguir, como accionistas, con el alza del precio de la luz suministrada a los inmuebles que han construido en años pasados. ¡Qué modas, y modales, imperan en el mundo de los negocios!

Dicen los historiadores que las urbes surgieron como focos de civilización. Hacer urbe, o urbanizar, ha significado progreso, mejora social, higiene... Hoy, al amparo de cierto feudalismo político, ¿no hemos padecido el festín de las ratas, esto es, un urbanismo sin urbanidad?. Y si es así, ¿qué raticida convendría aplicar?. ¿Acaso predicar antes de las elecciones?. ¡Qué locura!. Se atribuye a Benjamín Disraeli (Ministro de Economía y Hacienda del Reino Unido a mediados del siglo XIX) la siguiente frase: *"Si algo enloquece a los hombres más que el amor es la cuestión del dinero"*. ¿No nos habremos vuelto locos?.

**Publicado por José María Pérez de Villarreal el 30.10.06**